

PEDRO
SALINAS /
JORGE
GUILLÉN

EPISTOLARIO



CORRESPONDENCIA CON

LEÓN
SÁNCHEZ
CUESTA

1925-1974

Edición de
JUANA MARÍA GONZÁLEZ



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

Este volumen es resultado del proyecto Epístola (FFI2010-19812) desarrollado por la Fundación Francisco Giner de los Ríos y la Residencia de Estudiantes y financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad



Su edición ha sido posible gracias a

FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS
INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

FUNDACIÓN
ARTE, CIENCIA
Y DIÁLOGO

Director de la colección: José-Carlos Mainer ● Diseño de la colección: Montse Lago ●
Coordinación editorial: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes ● Corrección de
textos: Ana Martín Moreno ● Maquetación: Myriam López Consalvi ● Impresión: Julio Soto
● Encuadernación: Ramos

© del prólogo: Andrés Soria Olmedo © de la introducción y las notas: Juana María González
García © de los textos de Andrea Bonmatí, Jorge Guillén, Pedro Salinas, León Sánchez Cuesta
y Luis Sánchez Cuesta: los titulares de los mismos. © Ramón Gaya, VEGAP, Madrid, 2016.
© del dibujo de Gregorio Prieto: sus titulares, Madrid, 2016 © de esta edición: Amigos de la
Residencia de Estudiantes, 2016

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la
reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento —incluyendo
la reprografía, el tratamiento informático o cualquier otro procedimiento presente o futuro—
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright* y de la Residencia de Estudiantes.

ISBN: 978-84-939988-8-2 ● Depósito Legal: M-17066-2016 ● Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO

Andrés Soria Olmedo

VII

INTRODUCCIÓN

Juana María González

XXI

NOTA A LA EDICIÓN

CI

EPISTOLARIO

CORRESPONDENCIA

PEDRO SALINAS-LEÓN SÁNCHEZ CUESTA

3

Referencias bibliográficas de las obras
solicitadas por Pedro Salinas en algunas
notas adjuntas a sus cartas

199

CORRESPONDENCIA

JORGE GUILLÉN-LEÓN SÁNCHEZ CUESTA

209

Referencias bibliográficas de las obras
solicitadas por Jorge Guillén en algunas
notas adjuntas a sus cartas

409

GENEALOGÍA DE LA FAMILIA BONMATÍ

(León Sánchez Cuesta y Pedro Salinas)

413

ÍNDICE CRONOLÓGICO DE CARTAS

415

PROCEDENCIA DE LAS CARTAS

431

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS Y DOCUMENTALES

433

ÍNDICE ONOMÁSTICO

457

PROYECTO EPÍSTOLA

476

AGRADECIMIENTOS

478

PRÓLOGO

Estas 293 cartas cruzadas entre Salinas y Guillén (los «Dióscuros de la poesía española») y el librero León Sánchez Cuesta son singulares dentro del ya rico panorama epistolar de la época porque, al moverse entre lo comercial y lo personal, amplían el radio de la comunicación al repertorio de sus lecturas y casi permiten trazar un mapa de geografía cultural, por donde circulan libros y revistas, semejante a los que ha dibujado Franco Moretti para la novela o para la literatura vista desde lejos (aquí sería a media distancia). Un mapa que comprende Madrid, París, Murcia, Alicante, Sevilla, Santander, en un primer tiempo, y que, tras el corte de 1936, se extiende durante el exilio hasta cruzar el Atlántico: Estados Unidos, Puerto Rico.

El nuevo interlocutor de las «dos voces a nivel» es León Sánchez Cuesta, asturiano, doctor en Derecho, residente y librero. En 1925 se estableció en un local del número 4 de la madrileña calle Mayor, desde donde sirvió a instituciones,

sobre todo universidades españolas y americanas (Princeton, Harvard), y personas (Américo Castro, Menéndez Pidal, Fernando de los Ríos), y suministró títulos a los mexicanos Robredo y Porrúa. Además, fue distribuidor de las Publicaciones de la Residencia de Estudiantes y de las obras de Juan Ramón Jiménez, algunas de las cuales llevaron el pie de imprenta de su librería.

¿Cómo era aquel establecimiento? Cuando León, tras regresar a España, se instaló en un nuevo local en Serrano, 29 —que llegaría a ser un espacio importante en el ralo panorama cultural de la dictadura de Franco—, le confesó a Guillén en su carta del 19 de julio de 1940: «Le diré que no es el despacho vivo, movido, centro de reunión y cita de gentes de Mayor, 4». En este libro se dibuja uno de los perfiles que justifican la imagen de Sánchez Cuesta como «el librero del 27» y, a la vez, la dota de rasgos precisos. Las cartas, si por un lado generan en quien las lee la inquietud del *voyeur*, por otro son el arma más poderosa contra los estereotipos, puesto que se mueven siempre en el espacio de las situaciones concretas. Seguimos el decurso del librero en función de dos de sus clientes, amigos ambos y uno de ellos con cuñado desde que en 1931 se casó con Andrea Bonmatí, hermana de Margarita, la mujer de Salinas. Vemos pasar nombres y libros de la joven literatura (a 17 de mayo de 1930, Sánchez Cuesta le da noticias de casa a Guillén, entonces en Inglaterra: «El amigo Cernuda aquí está ahora a mi lado trabajando en el despacho. Ha resultado un auxiliar excelente. Nunca lo hubiera sospechado. Asiduo, puntual, trabajador...: una maravilla»).

No sólo fue librero en Madrid. El 16 de febrero de 1927, Luis, hermano de León, le escribía a Jorge Guillén: «se ha ido a París nada menos. Y además lo más probable es que se

quede allí unos meses. Ha ido para tratar de establecer allí un despacho del tipo de éste principalmente para el servicio de librería francesa de aquí». Situada en el número 10 de la rue Gay-Lussac, la Librairie Espagnole estuvo a cargo de Juan Vicéns, también compañero de la Residencia de Estudiantes. A 12 de abril de ese mismo año, Sánchez Cuesta le pide a Salinas un retrato para los escaparates de la inauguración en mayo —quiere dedicar uno a Juan Ramón Jiménez y el otro a los jóvenes— y para incorporarlo a una «pequeña galería de los buenos» que piensa instalar en el interior. A partir de 1928, esta librería tiene una biblioteca circulante de títulos españoles y franceses. Pero el tráfico podía ser mucho más concreto. El 1 de septiembre de 1929, Guillén va a París con un libro de poemas de Rafael Alberti: «yo llevaré a [Juan] Vicéns el ejemplar de *La amante* que usted me ha mandado. Y si allí no lo vendieran, yo sería el comprador, y muy gustoso».

En cuanto a los dos poetas y profesores, el aspecto que los distingue en este libro es el de mostrarlos como lectores. En la defensa del «bien leer» que montó Salinas (véase su carta del 27 de diciembre de 1947) en un contexto de denuncia de la cultura de lo cuantitativo en las magnitudes norteamericanas de la posguerra, argumentaba: «Cada lectura, si es lectura cabal, se nos presenta como acto único; el lector verdadero se entra en ella, paradójicamente, llevando en sí todos los beneficios derivados de sus experiencias lectoras anteriores, pero sin que en modo alguno le obstene para sentirse como si estuviera estrenándose virginalmente en el leer. Por mucho que se repita, ni se mecaniza, ni debe mecanizarse nunca la actividad lectora. No sería pertinente alegar aquí mi propio caso; pero en los de muchos de mis amigos de alta marca intelectual, es cosa confesada que con el más y más leer se aprende a leer más despacio, no más a

la carrera; y se disfruta de esa lentitud, por las delicias que deja» (*El defensor*, 1948).

Este modo de leer se despliega en tres direcciones trabadas entre sí y ancladas históricamente. Por un lado está la dimensión pedagógica de la enseñanza universitaria; por otro, la relectura y el empleo de la literatura del pasado; por otro, la atención al presente. Son oportunas las consideraciones de Guillén en «Lenguaje de poema: una generación» (*Lenguaje y poesía*, 1962). Para aquel grupo, las vueltas al pasado son «actos de buena memoria» que no implican «discriminación de erudito», aunque las ejerzan incluso los que no son profesores. «Como propugnan la expresión más rigurosa, los antiguos y modernos textos son admirados si favorecen la autenticidad de la poesía. Por eso también se defiende y se estudia a Bécquer, exento de complicaciones formales y tan puro fenómeno inspirado. En lugar aparte se coloca a Juan Ramón Jiménez —aunque Antonio Machado ocupe el mismo nivel de eminencia— porque Juan Ramón Jiménez es ejemplo de fervorosa voluntad literaria. Por último, los más leídos y amados poetas extranjeros son los franceses, desde Baudelaire hasta los surrealistas».

En consecuencia, los documentos se vuelven seres vivos: lo personal se distingue difícilmente de lo instrumental, el gusto se confunde con la necesidad. Esta edición incorpora y detalla con acierto no sólo la información bibliográfica apuntada en las cartas, sino también parte de la procedente de los libros de facturas y de fiados (quien quiera ampliar la información puede acceder a la tesis doctoral de Juana María González).

París resultó central para la formación de la memoria del presente en los dos poetas. Salinas fue lector en la Sorbona entre 1914 y 1917; y Guillén, entre 1917 y 1923. El segundo

recordó en 1966 que Salinas, «aprovechando las ventajas del préstamo de la librería de Adrienne Monnier al otro lado de la rue de l'Odéon, frente a la de Shakespeare and Company, continuó leyendo en grandes cantidades»; y, en efecto, según el «Extrait du premier registre (années 1915-1916) de la Bibliothèque de prêt d'Adrienne Monnier, 7 rue de l'Odéon», leyó a Jarry, Schwob, Shaw, Maurras, Tolstói, J. E. Blanche. También invitó a Alicante a Valery Larbaud (durante los veranos, Sánchez Cuesta y Salinas compartieron el levante alicantino con otros amigos, como Gabriel Miró, Oscar Esplá, Juan Guerrero). Y aunque Laure Murat, en su excelente *Passage de l'Odéon, Sylvia Beach, Adrienne Monnier et la vie littéraire à Paris dans l'entre-deux-guerres* (2005), no nombra a este socio de los «Amis du Livre», la frase que aplica a la actividad de Adrienne Monnier, salvando las distancias, puede pasarse a León Sánchez Cuesta: «commerce de l'esprit». Es sintomático que entre las primeras peticiones de Salinas y Guillén se encuentren los cuadernos de Juan Ramón Jiménez (*Unidad*, 1925) y *Commerce*, la revista dirigida por Paul Valéry, Léon-Paul Fargue y Valery Larbaud, en cuyo primer número (1924) este último publicó «Ce vice impuni, la lecture». Todavía en 1935, ambos solicitan la revista *Mesures*, asimismo editada por Adrienne Monnier, con un comité de redacción que contaba con Henri Michaux y Giuseppe Ungaretti (Guillén había encargado a Sánchez Cuesta el poemario de Ungaretti *Sentimento del tempo* en 1933). Entretanto, Salinas se hizo en 1927 con *Transition*, la revista dirigida por Eugène Jolas, traductor al francés de uno de los relatos de su *Vispera del gozo*, y en 1929 con la célebre traducción del *Ulysses* de Joyce por Auguste Morel y Stuart Gilbert, revisada por Valery Larbaud con la colaboración del autor, igualmente editada por Adrienne Monnier.

Según Ana Martínez Rus, por esas fechas Juan Vicéns proyectó que Dámaso Alonso tradujera el *Ulysses*, puesto que ya había trasladado al español en 1924 otra obra de Joyce, *Retrato del artista adolescente*. En 1918, Salinas había invitado a Valery Larbaud a Alicante. En 1921 la traducción al español de su deliciosa novela *Fermina Márquez*, hecha por otro amigo, Enrique Díez-Canedo, se publicó a la vez que *A la sombra de las muchachas en flor*, de Proust, en la versión de Salinas. Todos estos datos y coincidencias, además de acercar a Salinas a los dos nombres más importantes de la narrativa del siglo xx, dan cuenta, dentro del múltiple panorama de la literatura francesa, de la preferencia por ese enclave de gusto políglota y europeísta, cercano a las vanguardias militantes sin someterse a ellas.

En los años siguientes, Salinas busca obras de Cocteau, Delteil, Giraudoux, Gide, Robert Jammes, Sherwood Anderson, y se interesa también por las artes plásticas de su tiempo (Ozenfant, Jeanneret, Zervos). A la vez encarga libros sobre viajeros a Sevilla para la universidad.

Guillén llega a Murcia en 1926. Tiene que pedir desde el principio para la universidad («haga el favor de mandarme *todas las obras* de don Miguel de Unamuno. Quiero cerrar con él el curso. No tengo yo la culpa. Es que, *realmente*, pertenece a “mi asignatura” y no se le puede eludir», escribe al librero en abril de ese año; al siguiente, en enero de 1927, le encarga doce ejemplares de *La Galatea* en la muy económica Colección Universal de Calpe), además de para él. Sánchez Cuesta le ofrece las conversaciones con Valéry de Frédéric Lefèvre, especificándole que lo devuelva si lo tiene duplicado (26 de febrero de 1926). El día anterior, Guillén le había escrito a su mujer, Germaine, que estaba en París: «¡Ah! Hoy me ha llegado, por León Sánchez, un

ejemplar de *Entretiens avec Paul Valéry*. No traigas más que el de Guerrero».

Por otro lado está la búsqueda de suscriptores, para *Ley*, de Juan Ramón Jiménez, o para el «modestísimo» pero «viable» *Boletín de la Joven Literatura*, es decir, *Verso y Prosa*. El 17 de diciembre de 1926, León informa de que sólo Juan Ramón Jiménez se ha comprometido a aportar la cuota máxima de 5 pesetas, y en una coda añade: «he logrado enternecer a tres suscriptores». Replica Guillén (14 de febrero de 1927): «Hoy es día de *Verso y Prosa*. Le rogamos con mucho interés: que suscriba y cobre la suscripción a... [y sigue una lista de nombres]».

Salinas está en Madrid desde 1928. Cuando Guillén viaja hasta allí, suele comer con ellos, según le refiere puntualmente a Germaine (8 de octubre de 1928). Al acercarse la publicación del primer *Cántico* es notable el modo en que se acortan las distancias entre el poeta, el impresor y el librero. El 1 de noviembre de 1928, Guillén le relata a Germaine que ha estado examinando los papeles de lujo que tiene Juan Ramón en su casa: «nos regala un papel para cinco ejemplares, y nos vende otro para los restantes ejemplares de lujo. Bueno, precioso. Estoy *jusqu'au cou* en la preparación de estas cosas de imprenta. Me gustan, *en efecto*, una atrocidad. Juan Ramón ha dicho a León Sánchez que estoy *emocionado* porque imprimo mi primer libro. No es eso: es ilusión, es gusto». Unos días más tarde se explaya, con el pormenor que empleaba en las cartas a su mujer: «Madrid, 6 de noviembre. En Correos. 7.19 de la noche —y lloviendo. (Ya sabes. El sereno español: las 11 y media y sereno, o nevando...)—. [...] Y estuve en la imprenta. ¡Los dos primeros pliegos! Estaban tirando el segundo. Los 1.500 del primero estaban ya completos. Pues ha salido muy

bien —es decir, bien nada más—. ¿Ves como no soy maniático? Enseguida me contento. Me basta una cosa discreta. Tipografía limpia —¡qué miedo tenía!—, buena distribución de blancos, papel agradable. Defectos, aparte de otros que no he visto: los números no son elzevirianos —detalle técnico—. Yo contentísimo. [...] Los pliegos han gustado a León Sánchez [...], también han satisfecho a Salinas y a Melchor». Otra anotación típica de Guillén a Germaine (14 de julio de 1929): «Por la mañana en casa de León —donde compré, por cierto, tres Gides antiguos— (*Paludes*, etc.)». En la imprenta «me tenían hechos ocho volúmenes de *Cántico*: 25 pesetas, que pagué en el acto».

Entre 1930 y 1931, Guillén, desde Oxford, está ansioso por conocer en toda su amplitud el panorama literario y político de su país, que pasa por profundos cambios (fin de la dictadura de Primo de Rivera, proclamación de la Segunda República). Entre las revistas: *Nueva Revista*, *Nueva España*, *Ddooss*, *Extremos a que ha llegado la Poesía Española*, *La Conquista del Estado*. Entre los libros: Azaña, Salaverría, *La Venus mecánica* de Díaz Fernández. Y para la universidad de Oxford, dos monografías recientes de Ángel Valbuena Prat, compañero de oposiciones a cátedra. También quiere que el librero le haga llegar los números del *Heraldo de Madrid* donde colabora Juan Ramón.

Ya de vuelta en España sigue recibiendo títulos de época sobre Bécquer. Escribe a Germaine, desde Valladolid, el 3 de julio de 1932: «He recibido precisamente ayer y hoy estudios sobre Bécquer en revistas (que por fin me envía León)». Pero Sánchez Cuesta es también el librero capaz de responder a la siguiente demanda, explicada por Guillén a su mujer —que está en París— desde Sevilla, el 28 de septiembre de 1932: «Hoy leo en *El Sol* un artículo de G. de T.

en que da cuenta de una *Antología* en inglés —literatura europea— en la que figuro. Se la voy a pedir a León Sánchez. Acaso, podrías verla *chez Smith*». Efectivamente, Guillermo de Torre comentó «La “caravana europea”» en *El Sol* (27 de septiembre de 1932, pág. 2); y, poco después, Jorge Guillén hojearía *The European Caravan. An anthology of the new spirit in European literature*, compilada y editada por Samuel Putnam, Maida Castelhun Darnton, George Reavey y Jacob Bronowski (Nueva York, Brewer, Warren & Putnam, 1931).

A la vez, en el aludido plano de la pedagogía, a lo largo de 1932 lo vemos pedir doce ejemplares de las *Poesías* de fray Luis de León, en edición de la CIAP, otros doce de las *Soledades* de Góngora, en edición de Dámaso Alonso, once *Novelas ejemplares* de la Colección Universal, doce copias de *El conde Lucanor*, doce Berceos en edición económica, nueve ejemplares del *Poema del Cid*, en la prosificación de Alfonso Reyes, además de un título «urgentísimo», *El pensamiento de Cervantes*, de Américo Castro.

Con exigencia máxima, el 3 de marzo de 1933 ruega a Sánchez Cuesta: «que me mande a vuelta de correo, mañana mismo, querido León, ¡por Dios y por la Virgen!, este libro, que necesito con muchísima urgencia para una conferencia que tengo que dar enseguida: *El Romancero* de don Ramón Menéndez Pidal. *Biblioteca de Ensayos*». Y tres días después, en una carta a Germaine, escribe: «Anoche no pude terminar, como era mi propósito, la 2.^a lección porque me falta el libro de D. Ramón Menéndez Pidal *El romancero* [...]. Se lo he pedido a León Sánchez, y como de costumbre, nada; ni acuse de recibo. Pero me lo dará ahora Collantes».

1933 fue el año de *Los Cuatro Vientos*, atravesado en su centro por el incidente que ocasionó el fin de la amistad de

Guillén y Salinas con Juan Ramón Jiménez. En la correspondencia, publicada aquí en su integridad, destaca la delicadeza en la labor de mediación que llevó a cabo Sánchez Cuesta.

Más allá de ese episodio, la distribución de *Los Cuatro Vientos* siguió un proceso de conquista de suscriptores análogo al de las otras publicaciones periódicas (el 29 de octubre de ese año, Guillén solicita a la librería de Sánchez Cuesta que manden el número 3 de *Los Cuatro Vientos* a treinta y ocho personas en Oxford, París, Valladolid, Murcia, Madrid, Nápoles, incluidos los médicos Jiménez Díaz, Hernando, Marañón y Oliver). Aunque, a 22 de febrero de 1934, escribe Luis Sánchez Cuesta (su hermano León estaba de baja por una grave operación) que se están recibiendo «unas cuantas cartas de suscriptores a *Los Cuatro Vientos*, unos reclamando la continuación de los números pagados, otros preguntando irónicamente si la publicación es por tiempo indefinido».

De esa suerte son los pequeños contratiempos y los menudos triunfos de la distribución de algunos de los textos importantes de la literatura española del siglo pasado (por ejemplo, el número 1 de la revista se abrió con la «Oda al rey de Harlem», de Federico García Lorca).

En 1936, Salinas, en su calidad de secretario general de la Universidad Internacional, lleva a cabo una serie de peticiones para que la nueva biblioteca se sitúe a la altura de su profesorado. Los escuetos saludas con sus nutridas listas en varios idiomas sobre «Filosofía de la Edad Media», «Cómo funciona el Parlamento en los Estados modernos», «Aerodinámica e hidrodinámica» o «La tierra española: su organización jurídica y económica» sirvieron, sin duda, para las clases de aquel verano —que iba a ser el último— de Paul

Ludwig Landsberg sobre «Filosofía y pensamiento medievales», de Emilio Herrera Linares y Auguste Piccard sobre «Aerodinámica y aviación», de Acevedo sobre «La hidrodinámica en la arquitectura naval», de Juan Díaz del Moral sobre «Economía y reformas agrarias». Y, a la vez, esos títulos especializados dejan como una huella concreta del proceso que Juan Marichal llamó «universalización de España», es decir, «ocuparse de asuntos universales y hacerlo con métodos universales».

En 1936, Salinas marchó a Wellesley College en Estados Unidos. Sánchez Cuesta partió a Salamanca (1937), Alemania (hasta 1939) y Maison Carrée en Argelia, donde los Bonmatí tenían su casa; regresó a España en 1947. Guillén se fue en 1938 a la Universidad McGill en Canadá. Se imponen las tomas de posición política. El 1 de marzo de 1939, Salinas asegura a su concuñado: «no volveré a la España de Franco, mientras gobiernen él o los suyos». Ese mismo año, León le confiesa: «elegí Franco [...]. Acato el régimen, le soy leal en el sentido de que no moveré ni un solo dedo en contra suya, pero no le puedo dar mi adhesión». No obstante, las relaciones continuaron en términos de afecto. León Sánchez Cuesta vela por los intereses materiales de esa familia exiliada que es la suya. A partir de 1947, la correspondencia se regulariza. Ese año, Salinas le informa de sus publicaciones sobre Darío, Manrique, la preparación de la segunda edición de *Literatura española siglo XX, El defensor*; además le pide lo que haya de Dámaso Alonso, de Vicente Aleixandre y que le abra una cuenta.

Desde la estancia en Puerto Rico se ha multiplicado su actividad como profesor, ensayista y poeta (en su carta del 19 de diciembre de 1948 declara: «Las clases son para mí una constante fuente de ocurrencias para ensayos»). Las peticiones

nos lo muestran atento, como siempre, a lo que se hace en el interior en historia literaria e historia del arte, por coetáneos y más jóvenes (Díaz Plaja, Orozco, Rosales, Vivanco).

En 1949, los Salinas viajan a Argelia y se juntan las dos familias. León Sánchez Cuesta hace gestiones para que se publique *El defensor* en España. Sin embargo, esa noticia le produce a Salinas «alegría y pena. Me alegro por ver que se acuerda de mí, que hay interés por lo que escribo, que sigo ahí, en la atención de algunas personas. Me apeno por no poder aceptar» (carta del 24 de febrero de 1949). Llegan envíos (*Raíz*, de la Facultad de Letras de Zaragoza, donde se publicaron fragmentos de «Cero»). Nunca cesa la preocupación por la lectura; el nieto Carlos Marichal Salinas, de dos años y medio, «ya sabe mirar libros. Y le agradecería a usted mucho que le mandara media docena, o más, de libros de cuentos en español, con ilustraciones en colores. No sólo de cuentos, sino, si los hay, de esos misceláneos, de adivinanzas, cantares, etc. Se va planteando el problema del idioma y hay que proveer a la criatura de lectura en español» (8 de septiembre de 1950). Tras su muerte, el 4 de diciembre de 1951, Margarita Bonmatí se quedó en casa de su hermana hasta la suya en 1953.

Con Guillén, las relaciones epistolares se reanudan de forma regular desde 1949. Se centran en las gestiones para intentar publicar las *Obras completas* de Salinas (1952, 1953), en el «Federico en persona» previo a la primera edición de las *Obras completas* de Federico García Lorca (Madrid, Aguilar, 1954), en el prólogo para el libro de Salinas *Confianza*, en la reaparición de la desavenencia con Juan Ramón (León le envía los números correspondientes de *Índice de Artes y Letras*), o en las ventas del *Cántico* de 1950. También asoma la represión del régimen de Franco (en su carta a Sánchez

Cuesta del 6 de junio de 1956, Guillén le informa de que su hijo Pablo, de veintidós años, va a recogerse en «ejercicios espirituales», la censura (dificultades en la distribución de *Maremágnum*). Y siempre están presentes los encargos a los catálogos de León. En 1969, Guillén acepta el ofrecimiento de *Tiempo de silencio* y *Cuadernos para el Diálogo* que le hace el librero.

Como es de esperar, la lectura de estas cartas, cuidadosamente editadas, ofrece una mirada más de detalles, con los que se puede construir la trama del tapiz de la vida literaria de una parte del siglo XX, tan fascinante como aleccionadora.

ANDRÉS SORIA OLMEDO